

Capítulo VII

Los pilares franciscanos: una apuesta por la interculturalidad y el diálogo para una economía de comunión

*Catherine Jaillier Castrillón**

7.1 Introducción

El papa Francisco convocó para el año 2020 a una reunión de jóvenes de estudios económicos y áreas afines para pensar una economía que ayudase a “evitar el suicidio de la humanidad” –expresión con la que se encabeza el titular de *Vatican News*– publicado el 14 de mayo de 2019¹. Todo su pontificado ha tenido un sello muy relacionado con San Francisco de Asís, personaje cuya presencia dio testimonio de comunión con los demás, en especial los más pobres, con la naturaleza y el cosmos, con territorios y poblaciones que

* Doctora en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana, magíster en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana, licenciada en Música de UNAC, publicista de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente del Centro de Humanidades, investigadora del grupo de investigación Teología, Religión y Cultura. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-3087-2227>. Correo: Catherine.jaillier@upb.edu.co

¹ Véase <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2019-05/scholas-occurrentes-jovenes-papa-francisco-encuentro-economia.html>

profesaban otros credos, todo en búsqueda de la escucha, el diálogo y el camino para una paz universal. Hoy se necesitan todas esas apuestas, actualizadas en nuevos contextos, una economía profética que ayude a dar un giro a las formas tradicionales de la economía que han puesto en riesgo a la humanidad y al planeta, y que ayude a tender puentes y lazos que conduzcan a la construcción de paz.

Este trabajo es resultado del grupo de investigación Teología, Religión y Cultura de la Universidad Pontificia Bolivariana y del grupo de estudio sobre economía civil conformado por docentes de diversas disciplinas de las ciencias sociales y humanas. La pregunta orientadora es: ¿Cuáles son esos pilares franciscanos que potencian la interculturalidad y el diálogo en una economía de comunión que sea presencia profética hoy?

7.2 Metodología

Desde un análisis hermenéutico se ponen en relación textos de la espiritualidad franciscana y de algunos aportes contemporáneos sobre economía de comunión. Cabe anotar que la obra de *Las florecillas* de San Francisco y el *Cántico del sol* han sido riqueza para la literatura y para la piedad popular, han pasado por la vía de la tradición, la oralidad, las traducciones y ediciones diversas con todo lo que ello implica para un texto. Hay numerosas ediciones, entre las italianas están:

- 1.^a Según la lección del código Fiorentino, editada por A. Manelli y publicada de nuevo por Luis Manzoni (2.^a ed., eu 8.^o, páginas 293: Roma, 1902).
- 2.^a Edición de A. Cesari, *Riscontrati su moderne stampe per cura di R. Fornaciari* (págs. XX-483; Florencia).
- 3.^a Edición de L. Amoni, *raffrontati col testo di Biblioteca Angelica e coi codici della Laurenziana e Vaticana* (págs. XI-400; Roma).
- 4.^a Edición de Passerini, ilustrada por Razzolini (en 16.^a, páginas XI-317; Milán, 1908).
- 5.^a Quinta edición de Padovan, *annotata, riletta e migliorata* (págs. XXXV-404; Milán, 1927).
- 6.^a Edición de Della-Torre (en 16.^o, págs. 285; Turín, 1909).
- 7.^a Segunda edición

corregida de Passerini, con ilustraciones (Florenca). 8.^a Edición de Gallerati-Scoti, secondo quella di A. Cesari, bellamente prologada (págs. XXXIV-484; Florenca, 1925). 9.^a Edición anotada por P. F. Sarri da un codice della Biblioteca Reale di Torino, con reproducción discretísima de unas 50 xilografías del siglo XVII (págs. 200; Vallecchi, Florenca). 10.^a I Fioretti di San Francesco, l'Addio alla Verna e Il Cantico delle creature. Introducción y nota de A. Mori (Società Ed. Intern. Turín) (Sureda Blanes, 1980).

Para este artículo se siguió la versión que tiene la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que corresponde a la versión castellana—previo cotejo de los antiguos códices italianos—escrita por Francisco (Sureda Blanes, 1980), sexta edición, Madrid Espasa-Calpe.

7.3 De la leyenda a la enseñanza

Acercarse a la espiritualidad franciscana ayuda a encontrar unos pilares que pueden ser considerados en la reflexión económica de hoy. Sin tener en cuenta directamente las reglas o los textos de carácter legislativo de la orden franciscana, este trabajo tendrá presente como fuentes textuales *Las florecillas* y el *Cántico del sol*. Estas son dos obras muy conocidas por toda la tradición cristiana, por la literatura y el arte, y con ellas se relaciona los elementos de la espiritualidad franciscana. Según Vega (2011) en “Lingua, cultura e discorso nella traduzione dei francescani” estas dos obras son *espiritualidad social*, es decir “aquella espiritualidad que, saliendo de las paredes del convento, se hace vida social, cultura de convivencia y leyenda popular” (p. 32).

La propuesta de vida de San Francisco de Asís, no puede quedarse en un ejercicio legendario y novelesco sino en su enseñanza y testimonio: una vida que llevó a modificar y a cuestionar las fuerzas sociales, políticas y económicas de la época, tanto en Asís como en los mismos ámbitos religiosos y conventuales de otras zonas europeas. Aunque su relación con la naturaleza y la creación es clara, también

lo es el haber sido hijo de un comerciante de telas y, por tanto, haberse educado en un espacio en el que el mercado y la circulación de bienes lo llevaba a revisar otras formas de participación y de dinámicas relacionales en las que podían entrar los menos favorecidos y los despreciados de un sistema económico.

El problema de todos los tiempos está en las relaciones de las personas con los bienes y con sus hermanos. El libro del Apocalipsis es directo al referirse a pecados como la envidia, el lujo, la codicia, y todo lo que nace de la desproporción en la distribución de bienes y la falta de solidaridad y caridad. En Ap 18,16-17 dice: “Ay ay, la ciudad vestida de lino, púrpura y escarlata, resplandeciente de oro, piedras preciosa y perlas, que en una hora ha sido arruinada tanta riqueza” y en Ap 18,19 continúa “Ay, ay la ciudad, con cuya opulencia se enriquecieron cuantos tenían las naves en el mar; que en una hora ha sido asolada”. Llevar el mensaje del Evangelio es tarea de todos. Ap 10,11 dice: “tienes que profetizar otra vez contra muchos pueblos, naciones, y lenguas y reyes”. Esta tarea recae en Juan y en todo el que asume la vida cristiana, estilo de vida que se distingue por el camino del amor que acoge sin distinciones y se entrega.

Teresa de Calcuta, mujer profetisa para el siglo XX decía lo siguiente en medio de hindúes, musulmanes y cristianos ‘El amor de Cristo es siempre más fuerte que el mal en el mundo, por lo tanto, necesitamos amar y ser amados’. Nuestra labor consiste en alentar a cristianos y no cristianos a realizar obras de amor. Cada obra de amor acerca a Dios (Jaillier, 2012, p. 172).

El mundo de hoy sigue dividido y refleja niveles de pobreza que, en ciertos territorios, llevan a la muerte por desnutrición, enfermedad e imposibilidad de tener lo básico para vivir. Aparte de la pobreza monetaria hay otras formas para medir la pobreza como lo son: servicios de agua, saneamiento, electricidad, ingresos/consumo y educación. Esto habla de una pobreza multidimensional que debe ser atendida. Según el Banco Mundial:

Aún queda mucho por hacer para poner fin a la pobreza extrema, y siguen existiendo muchos desafíos. Las proyecciones más recientes muestran que, si se mantiene el rumbo actual, el mundo no será capaz de erradicar la pobreza extrema para 2030. Eso se debe a que cada vez es más difícil llegar a quienes todavía viven en la pobreza extrema, dado que con frecuencia se encuentran en países en situación de fragilidad y zonas remotas. El acceso a buena educación, atención de la salud, electricidad, agua salubre y otros servicios fundamentales sigue estando fuera del alcance de muchas personas, a menudo por razones socioeconómicas, geográficas, étnicas y de género (2019).

El cambio climático y todos los cambios que va teniendo el planeta, han hecho más difícil que estas poblaciones ubicadas en zonas rurales, puedan realmente salir de su situación de pobreza. Incomunicación en vías, poca educación y sistemas de salud de alcance para todos, son algunos de los aspectos que se relacionan. Pero esto no es lo único, el problema está también en una economía de mercado que impulsa al comportamiento individualista por encima de los demás; un mercado que no está al servicio de los pueblos sino de los mercados y de una idolatría del dinero que distorsiona toda razón de ser de la humanidad. Es una urgencia pensar en una economía en la que los bienes circulen y busquen el bien común, y a su vez, respondan a un compromiso con la sostenibilidad ambiental para que se pueda seguir habitando esta casa, y para que las generaciones futuras tengan donde nacer.

El sol, el agua, la lluvia, los mares, los ríos... fueron creados para todos. La tierra fértil proporciona alimento para todos. Así ocurre en la vida monástica: los hermanos aran, siembran y la cosecha suele alcanzar para quienes están dentro del monasterio y para los visitantes, los huéspedes, los vecinos y los necesitados del lugar. Las semillas pueden sembrarse hasta esperar la nueva cosecha.

La primera enseñanza que se deduce en todo esto es el valor de la relación. Relación con la naturaleza y con los hermanos.

7.4 La relación en donde todos son interlocutores válidos

Algunos de los aspectos que más impactaron a Francisco de Asís fueron las relaciones en la ciudad y en los conventos y monasterios. No estaba de acuerdo con los señoríos y las diferencias, y temía que entre sus hermanos hubiera fracturas, es decir unos que tienen mayor poder que otros, fuera por lo intelectual, por lo económico o por linaje... Esto genera división y no permite ni la paz, ni el bien.

El camino de la fraternidad es un camino horizontal, no vertical. Allí, todos son interlocutores válidos y todos son importantes en la práctica de la donación. Cada uno es un don y una riqueza para el otro y para la comunidad. Las relaciones feudales y los señoríos de la época no correspondían con la propuesta del Evangelio. La burguesía naciente tomaba cada vez más fuerza dentro de las ciudades y poco a poco se iban generando cambios en búsqueda de libertad. Nace entre estos comerciantes una necesidad de asociarse para trazar otros caminos y un destino en el cual no estuvieran sometidos a los señores y a los dueños de grandes territorios. Querían participar en el campo político y social, y este grupo emergente ponía a tambalear lo que durante tanto tiempo se había constituido en una dinámica de poder.

Los *comunes* (como se llamó este tipo de asociación) se organizaron y se prestaron juramento entre sí, y ya no entre señor y vasallo. El gran sueño de los comunes fue cambiando cuando el señor dinero pasó a ocupar el centro de la existencia y la atención. Eloi Leclerc dice que “los miembros más ricos de la burguesía acaparan los cargos municipales y toman en sus manos las riendas de toda la administración y la jurisdicción. Se distinguen cada vez más del «común». Llegan incluso, como en el caso de la ciudad de Asís, a aliarse con la vieja aristocracia feudal. Se convierten en «maiores», en «patricios»” (1982). San Francisco de Asís, sabe que el camino fraterno es una alternativa, es camino de humanidad y por ello, hizo una propuesta innovadora que conversaba con la realidad histórica de los hombres del siglo XII. Propuso el sentido de la fraternidad y el valor de la relación.

El concepto “relación” es muy importante en el pensamiento franciscano, ya que sin él no podríamos comprender la importancia de esa ética mundial llamada fraternidad universal. El ser humano es un ser para el encuentro, “un ser en relación”, como decía San Buenaventura. “Fraternidad” es la concreción histórica y real de nuestro ser hermanos-en-relación. “Fraternidad” es el término utilizado por Francisco en donde se toma la persona de cada hermano como punto de partida respetando su peculiaridad. En esta relación dinámica y siempre nueva, predomina el ejercicio de la caridad orientado con predilección a la situación real de cada uno. Es importante resaltar que en este concepto se subraya la comunión de vida, una relación interpersonal más dinámica, más vital, por la que todos somos hermanos (Londoño Orozco, 2009, p. 581).

Cada relación y cada encuentro con el otro o con lo otro, transforman el ser y la mirada, y hace del otro un interlocutor posible con quien se puede dialogar. En la breve historia de San Francisco y el lobo de Gubbio, se establece un encuentro en el que se proponen construir paz como criaturas hechas por Dios. Entre los dos se establece un pacto, un acuerdo que, al cumplir, beneficia a toda la comarca y al propio lobo.

A partir de la experiencia de Francisco de Asís, se forja “una *forma mentis* y una hermenéutica, un modo de ver y de interpretar al hombre y sus problemas más profundos”, aplicable a toda época y cuyas notas características son: (a) la presencia, como consciencia de la presencia de los otros, que por ser otros lo merecen todo; (b) la relación, por la cual, todos y todo son interlocutores válidos; (c) el encuentro de los otros, como consecuencia de la inquietud que mueve a su búsqueda; (d) la acogida, por la cual, la apertura fraterna a los otros permite que moren en sí; (e) la mirada, entendida como observar en profundidad a los demás, y (f) el comportamiento fraternal, consecuencia de vivir sin reservas todo lo anterior (Rodríguez y Alvarado, 2016).

Todos los seres ocupan el lugar de criaturas, de hijos de un mismo Padre. Por tanto, toda criatura conduce a Dios. San Buenaventura

testimoniaba que “lo semejante se conoce por lo semejante y como toda criatura es semejante a Dios, o como vestigio, o como imagen, luego por toda criatura puede conocerse a Dios” (Rodríguez y Alvarado, 2016, p. 23) pues el mismo creador ha dejado su rastro allí. El hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Como lo expresa José Antonio Merino (1999): “nadie es tan bueno que no pueda defraudar o escandalizar, ni nadie es tan malo que deje de ser “*imago Dei*” y por tanto, de sorpresa y de edificación”. Todas las sociedades tienen sus propios leprosos y comunidades excluidas, lo que San Francisco enseña a la humanidad es la posibilidad de encontrarse con lo esencial del hombre y proponer así un camino de convivencia y paz.

La relación se hace más rica en la medida en que se tienen claras las identidades (Rubiano, 2011), “la identidad de la persona depende de su capacidad de donarse y de construir relaciones significativas. El ser humano es un sujeto bueno y creativo, que encuentra su propia realización cuando se dona libremente para construir la comunidad” (p. 156).

7.5 La pobreza y la humildad como donación

En la plegaria final de la *Carta* a toda la orden en el año 1220, San Francisco dice: “nada de vosotros retengáis para vosotros mismos, para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega” (CtaO 29) (como se citó en Steiner, 1979). Es una plegaria basada en la gratuidad, virtud que ha conocido Francisco en su propio destino.

La vida de San Francisco de Asís es rica en contrastes porque, aunque nace y lleva una vida en *palazzo* y una juventud de hijo de padre rico, su vida encuentra la plenitud y riqueza en la pobreza. Tiene presente las palabras del Evangelio que dicen: “si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme”. Contempló asiduamente el pesebre y la cruz, en donde todo el misterio de la encarnación es donación y entrega.

Rechazar la riqueza para Francisco, no es un camino heroico ni de estoicos, es el Evangelio encarnado, no es abstinencia sino toma de posesión, pues viviendo al estilo de Jesucristo *Il Poverello* deja huella en la memoria de la humanidad, cristianos o no, con su forma particular de vivir con alegría y radicalidad el proyecto de Dios en esta tierra. Como se expresa en la introducción y ofrenda de la obra *Las florecillas de San Francisco*:

No se halla en el fondo más que una admirable vindicación de la libertad humana; de aquella santa libertad enseñada por el Divino Maestro, que tiene por norma el *nihil habentes et omnia possidentes*: con la victoria de esta libertad líbrase el corazón humano de los angustiosos cuidados, de las fútiles preocupaciones y de la vanidad (Sureda Blanes, 1932).

La pobreza ayuda a liberar de preocupaciones superfluas, de la vanidad y la soberbia. Enseña a comprender que las seguridades de los hombres y de sus proyectos no están en los elementos e instrumentos que tiene para su utilidad, y tampoco en los grandes planes, está en la gracia del Espíritu y la confianza en el Padre. Esto se puede observar en el capítulo II de *Las florecillas*, cuando Meser Bernardo y San Francisco consultaron tres veces en el misal y el mismo Jesucristo les respondió: “si tú quieres ser perfecto, vete, vende lo que tuvieres, dalo a los pobres y sígueme”; en la segunda apertura ocurrieron aquellas palabras que Cristo dijo a los apóstoles cuando les envió a predicar: “no llevéis cosa alguna para el camino, ni bastón, ni alforjas, ni zapatos, ni dinero; queriendo significar con esto que debían poner en Dios toda su esperanza de vivir, sin otra intención que predicar el Santo Evangelio”; a la tercera apertura del misal, ocurrieron aquellas palabras que Cristo había dicho: “Quien quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame” (*Las florecillas*, 1932).

A diferencia de otras órdenes y comunidades dedicadas al estudio, las condiciones de la celda y de la forma de vida de los franciscanos no apostaban a un trabajo intelectual y académico, rodeado de bibliotecas y manuscritos, ni a un desarrollo intelectual o cognitivo que generara en las comunidades una serie de estatus y clases sociales, en

donde se volviera a repetir la diferenciación de las ciudades. Las celdas se parecían más a las cuevas de los padres del desierto que a las de las órdenes monásticas posteriores. Su vida austera y peregrina contaba con la riqueza de la gracia y la felicidad de saberse donado a Dios y al mundo. Jesús acogió la pobreza “fue enviado por el mismo altísimo Padre desde el cielo al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad. Y, siendo Él sobremanera rico, quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza” (2CtaF 4, 5). Estas palabras de San Francisco muestran el asombro ante el Misterio encarnado y su humildad. El Mesías, que nació en un pesebre, es portador de paz, es luz de las naciones y es esperanza plena.

Paz y bien, que es el saludo característico de toda la familia franciscana; no es un eslogan de campaña, son dos palabras que plasman una apuesta de vida iniciada por Francisco, pero enriquecida por cada uno de los hombres y mujeres que en las diversas comunidades religiosas y seculares florecieron y siguen floreciendo.

Este saludo franciscano “paz y bien” tiene sus raíces en culturas y literaturas del Medio Oriente y en forma particular de la tradición hebrea. Paz y bien tienen relación en el Antiguo Testamento: *shalôm* (paz) y *tôb* (el bien) (Lamadrid, 1974).

Según el *Diccionario bíblico teológico* de Xavier L. Dufour, el término *Shalôm* puede ser interpretado de varias formas: “designa el bienestar de la existencia cotidiana, el estado del hombre que vive en armonía con la naturaleza, consigo mismo, con Dios; concretamente, es bendición, reposo, gloria, riqueza, salvación, vida”. Es usado para expresar “concordia en una vida fraterna: mi familiar, mi amigo, es «el hombre de mi paz» Sal 41,10 y Jer 20,10”. Está relacionado también con la justicia, el Salmo 37,37 dice: “ved al hombre justo: hay una posteridad para el hombre de paz” es plenitud de dicha. El Señorío de Cristo en la vida, trae la paz (Dufour, 2001).

En toda casa en la que entraran los frailes, debían saludar como Jesús, deseando la paz. En la protorregla y en la regla no bulada estaba

escrito: “en toda casa en que entren digan primero: Paz a esta casa” (2R 3,13) (como se citó en Schmucky, 1976).

San Francisco tuvo diversas formas de saludo, en unas ocasiones utilizaba *el Señor te de la paz, el Señor os de la paz* y en otras, *paz para esta casa*. Para que haya verdadera paz, se requiere de una conversión. Algunas veces, este saludo generaba extrañeza y daba de qué hablar, asunto que Francisco dejaba pasar por alto. La fuente de la paz parte del encuentro con Dios, y solo así se puede llevar a otros. Quien tiene paz, puede soportar dolor, enfermedad, burlas y persecución desde un camino de esperanza y trascendencia. Quien habita en paz, puede perdonar y amar a quienes les han odiado. En el *Cántico del sol* dice: “loado seas, Señor mío, por aquéllos que por tu amor perdonan y sostienen enfermedad y tribulación. Bienaventurados los que se sostienen en paz; porque, por Ti, ¡oh Altísimo!, han de ser coronados”.

Por otra parte, el bien, la bondad, se opone a la desventura y al mal. Dice el Sal 34,15 “apártate del mal y obra el bien, busca la paz y anda tras ella”. En el marco ético y moral, la persona que pone en práctica el bien desea gozar del bien. Hacer el bien es conocer el querer de *Yhwh*, guardar la alianza, seguir sus preceptos, vivir la justicia y la paz.

En estos dos términos, paz y bien, se abarca toda la apuesta espiritual y pastoral, una forma de vida que se hace acción, se concreta en hechos, compromisos y alianzas. Son términos para la humanidad, sin distinción de lenguas, pueblos, religiones o razas. San Francisco fue al encuentro del sultán Malik al-Kamil en el año 1219 en búsqueda de la paz, como peregrino y portador de perdón. En memoria de esta audiencia, en el 2016 en Asís, se llevó a cabo un encuentro llamado *Sed de paz: religiones y culturas en diálogo*. Es la utopía de paz y bien, de la comunión y fraternidad universal.

Una fraternidad que nace del saberse criaturas del mismo artífice. Siguiendo estos santos consejos de paz, pobreza y fraternidad, la riqueza de los frailes en tiempos de Francisco estaba dada en todo

cuando había sido creado por el Padre. Lo que los rodeaba era bueno, lleno de belleza, ternura y poderío del mismo Dios omnipotente. Por eso clama: “¡Altísimo, Omnipotente, Buen Señor! Tuyas son las alabanzas y la gloria y el honor y toda bendición”, como lo dice Ap 4,11 “digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria y el honor y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”. Palabras como alabanza, gloria y honor, suenan fuertes en contextos de luchas, batallas por tierras y conquistas, esfuerzos para poder tener títulos y reconocimientos, y descendencia que lleve el apellido memorable.

Es el Espíritu del Señor quien da la gracia, la riqueza y la plenitud. Saberse hijo y hermano y poder llamar *Abba* (Padre) al Dios de todo el universo es el mejor título nobiliario. ¿Qué más honor que saberse hijo?

Esta elección de la pobreza es una revelación de Dios a Francisco, será el sello particular de toda su obra y de la presencia profética del Evangelio en su contexto histórico. En ella se expresa un amor que se da por entero, con absoluta generosidad y libertad. Así es Dios, pues toda su revelación es gratuidad, es desproporción de amor por la humanidad y por cada una de sus criaturas.

Amemos todos con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con toda la fuerza y poder, con todo el entendimiento, con todas las energías, con todo el empeño, con todo el afecto, con todas las entrañas, con todos los deseos y querer, al Señor Dios, que nos dio y nos da a todos nosotros todo el cuerpo, toda el alma y toda la vida; que nos creó, nos redimió y por su sola misericordia nos salvará; que nos ha hecho y hace todo bien a nosotros, miserables y míseros, pútridos y hediondos, ingratos y malos (1 R 23,8) (como se citó en Hubaut, 1975).

San Francisco presenta a un Dios misericordioso, que se fija en el hombre aun en su fragilidad y pequeñez. Se refiere a la condición humana con adjetivos como miserables, pútridos y hediondos, pero que ante Dios son purificados e iluminados por el que es eterno y omnipotente.

Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios,
danos a nosotros, miserables, hacer por ti mismo lo que sabemos
que tú quieres,
y siempre querer lo que te place, para que, interiormente purificados,
interiormente
iluminados y abrasados por el fuego del Espíritu Santo,
podamos seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo,
y por sola tu gracia llegar a ti, Altísimo, que, en Trinidad perfecta y
en simple Unidad,
vives y reinas y eres glorificado, Dios omnipotente, por todos los
siglos de los siglos.
Amén (CtaO 50-52).

7.6 La vida trinitaria: comunión y fraternidad

El proyecto de comunión tiene la base en la vida trinitaria. Tres personas, cada una con su identidad y particularidad, en relación de unidad plena.

El apóstol Pablo menciona ya este supremo manantial trinitario cuando desea a sus cristianos: «la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Corintios 13, 13). Estas palabras, probable eco del culto de la Iglesia naciente, subrayan cómo el don gratuito del amor del Padre en Jesucristo se realiza y se expresa en la comunión que actúa el Espíritu Santo. Esta interpretación, basada en la inmediata relación que establece el texto entre los tres genitivos («la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo»), presenta la «comunión» como don específico del Espíritu, fruto del amor entregado por Dios Padre y de la gracia ofrecida por el Señor Jesús (Benedicto XVI, 2006).

Gracia, amor y comunión. La vida fraterna es una gracia, es presencia de un amor que construye lazos, que enseña a vivir en la diferencia, que es capaz de ponerse en el lugar del otro para amarlo tal como es. Esto es posible por la gracia, por la presencia del Espíritu Santo.

El Espíritu une, acoge, teje historia de amor independiente de las culturas y raíces. El mejor ejemplo se encuentra en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas paulinas, sean gentiles o judíos, esclavos o libres, son miembros de un mismo cuerpo por el Espíritu. No es un trabajo humano por estandarizar, unificar y mucho menos alienar. Es la unidad que parte del reconocimiento del otro. Toda persona, desde el mismo momento de su nacimiento inicia un proceso de identidad y socialidad. Con otros se aprende el lenguaje, la palabra, se aprende a caminar y a reconocer el mundo, se aprende la convivencia y la relación con la vida y la muerte, con los hermanos y la trascendencia. La esperanza, la salvación y la redención están traspasadas por el amor.

El tema del desarrollo coincide con el de la inclusión relacional de todas las personas y de todos los pueblos en la única comunidad de la familia humana, que se construye en la solidaridad sobre la base de los valores fundamentales de la justicia y la paz. Esta perspectiva se ve iluminada de manera decisiva por la relación entre las Personas de la Trinidad en la única Sustancia divina. La Trinidad es absoluta unidad, en cuanto las tres Personas divinas son relacionalidad pura. La transparencia recíproca entre las Personas divinas es plena y el vínculo de una con otra total, porque constituyen una absoluta unidad y unicidad. Dios nos quiere también asociar a esa realidad de comunión: «para que sean uno, como nosotros somos uno» (Jn 17,22) (CV 54).

La humanidad está llamada a ser morada de la Trinidad, tal como lo expresa Michel Hubaut en *El misterio de la Trinidad viviente en la vida y oración de San Francisco*:

La fuerza y humildad de todos los hombres de fe consistió en creer en esta grandeza del hombre: «Conócete, hombre, conoce tu grandeza... Ante todo, considera con qué nobleza fuiste formado en tu naturaleza. A mi parecer, tu nobleza consiste en que llevas, grabada por naturaleza en tu belleza, la imagen de la bienaventurada Trinidad» (San Buenaventura, Soliloquio; cf. Adm 5). Fuera de este misterio trinitario, nuestros compromisos y liberaciones son mentiras o realizaciones muy efímeras (Hubaut, 1981).

7.7 La economía, camino de comunión, interculturalidad y diálogo

San Francisco de Asís, hijo del burgués y comerciante Pedro Bernardone, siembra en la humanidad no solo una orden religiosa sino una forma de pensamiento y de valores que en cada momento de la historia han dado luces para responder a los cambios y transformaciones sociales. El concepto de trabajo, de pobreza, de riqueza, de fraternidad puede rastrearse en los aportes de Francisco de Asís.

El cuerpo y el alma unidos permiten la expresión de la alegría del trabajo. Él recorrió las calles con sus hermanos como juglares, trabajaron juntos para poder reconstruir la Iglesia, para la siembra y para llevar a otros de comer. Todo trabajo tiene sentido de servicio y transformación; es participación en la creación. Es un espacio privilegiado del encuentro con los hermanos y con el Trascendente. El trabajo, vivido desde la experiencia de Dios, no permite la explotación ni de los hermanos ni de los recursos que la naturaleza da.

Tanto los franciscanos como los capuchinos han entendido que, para sacar a los pobres de su condición de pobreza, es necesario convertirlos en protagonistas de su propia vida, en miembros que participen de la sociedad y de sus dinámicas. Por otro lado, es importante generar consciencia de las relaciones injustas tales como la usura, la explotación y el trato indigno. Cada uno debe disponer de los medios necesarios para poder ser creativos y generosos con el trabajo.

El trabajo es gracia y la economía se vincula a la felicidad pública, a los bienes y al bienestar social. El trabajo es encuentro con la naturaleza, el cosmos y las personas en un ejercicio relacional y armónico que se une al proyecto del Creador.

Los montes de piedad, los montes frumentarios y los montes pecuniarios son ejemplo del desarrollo y evolución de instituciones económicas que tienen su primer impulso y semilla en las propuestas de San Francisco de Asís y la circulación de los bienes en el mercado. El problema no es el mercado, sino la acumulación.

Los montes de piedad son de inspiración franciscana. Nacieron en el siglo XV y buscaban “facilitar préstamos en especie o en metálico, en condiciones benéficas en cuanto a plazo y tipo de interés y con garantía prendaria” (Rubiano, 2011). Cada uno debía pagar una suma de 3 % o 4 % de dinero no por razón del préstamo, sino como estipendio para los empleados del Monte (Rubiano, 2011). En los siglos XVI y XVII nacieron los montes frumentarios o de grano, cuyo aporte estaba ligado directamente al ciclo agrario. Las distintas guerras, la avaricia y la usura llevaban a unas condiciones de pobreza en el marco rural. Entre los impulsores estaban los capuchinos de San José de Leonesa (Rubiano, 2011, p.166).

Los montes pecuniarios nacieron para cubrir los gastos de la cosecha, proteger la mano de obra y los precios de los productos (2011, p. 166). La buena organización de los montes frumentarios permitió que tuvieran excedentes de semilla así que esta se vendía y con ese dinero se crearon los bancos pecuniarios. Estos montes fueron un gran apoyo en el sector de sanidad y para responder a las poblaciones pobres que cayeron en epidemias.

Para que esta dinámica económica funcione, basta ver las relaciones de las comunidades religiosas y fraternas en donde todos ponen lo suyo en trabajo, tiempo, dedicación, según los dones y carismas recibidos. Así, unos colaboran con el aseo, el arado y la siembra, la cocina, la predicación, el cuidado de enfermos... todos dan con generosidad lo que por gracia recibieron. Es una economía transparente, basada en la confianza y el valor de cada persona, la participación y el cuidado mutuo, tal como lo expresa el símil del cuerpo de la Iglesia en la Primera Carta de San Pablo a los Corintios, capítulo 12. Es un llamado para que no haya división en el cuerpo “sino que todos los miembros se preocupen por igual los unos y los otros” (1Cor 12,25).

La vida sencilla y austera lleva a que lo que se tiene de más, innecesariamente, es porque de una u otra manera, desprotege a otro.

La economía de comunión tiene cuatro palabras claves con las que se fundamenta la reflexión y la acción: don, gratuidad, amor y

comunidad. El egoísmo racional de los agentes económicos ha sido puesto en discusión por voces críticas de gran reconocimiento en el ámbito político como los son Amartya Sen y Gary Becker (de la Universidad de Chicago). La economía debe dar un giro y cambiar formas relacionales y la jerarquía de valores que llevaron a una deshumanización. La atención no puede estar puesta en la rentabilidad o en la ganancia vista desde lo solo monetario. En la literatura económica actual se detectan cada vez más, “expresiones y conceptos que en el pasado se podían encontrar sólo en los escritos de psicología o de sociología: altruismo, don, reciprocidad, *commitment* (compromiso moral o ideal) hasta, si bien no tan a menudo, amor” (Pelligra y Ferrucci, 2006).

El ejercicio solidario, el sentido de comunidad, de intercambio y de trueque, entran en las discusiones y apuestas para buscar un desarrollo sostenible. Estas reflexiones y alternativas de cambio los han planteado personas de diversas disciplinas de las ciencias sociales y humanas. Edgar Morin, por ejemplo, dice que entre los imperativos de una política de civilización se deben hacer cuatro acciones transformadoras: solidarizar (contra la atomización y la compartimentación), regenerar (contra la anonimización); convivencializar (contra la degradación de la calidad de vida) y moralizar (contra la irresponsabilidad y el egocentrismo) (Morin, 2009). En términos teológicos, es un llamado a la conversión, *metaonia*, “hombres nuevos”.

Chiara Lubich, fundadora de los Focolares y de la Economía de Comunión, tuvo la inspiración al reflexionar sobre la encíclica social de Juan Pablo II *Centesimus Annus*, en la cual se recuperaba la *Rerum Novarum*, la *Laborem Excercens* y la *Sollicitudo Rei Socialis*. También fue importante contemplar la vida monástica, lo planteado por Hechos de los Apóstoles y toda la tarea de construcción de una nueva ciudad desde las apuestas del Evangelio. De allí nacen una serie de experiencias en empresas y empresarios, académicos y estudiantes, para llevar a la vida cotidiana y al mercado otra forma de economía. Ella dice en el libro *Economía de Comunión: historia y profecía* lo siguiente:

A diferencia de la economía consumista,
Basada en una cultura del poseer,
la Economía de Comunión es
la economía del dar.
Esto puede parecer difícil, arduo, heroico.
Pero no lo es porque el hombre,
hecho a imagen de Dios, que es Amor,
encuentra su realización
precisamente en amar, en dar.
Esta aspiración
está en lo más profundo de su ser,
sea o no creyente.
Precisamente en esta comprobación,
avalada por nuestra experiencia,
reside la esperanza de una difusión
universal de la Economía de Comunión (Lubich, 2007).

Si se desea un cambio, este debe nacer de una transformación interna, o como lo diría el texto una *forma mentis* de las personas y las comunidades. San Francisco comprendió el camino de la humildad como camino de humanidad. La virtud de la humildad trae frutos como la gratuidad (Bruni, 2018, pp. 25-32), la capacidad de pedir perdón y reconocer las fallas, conoce la fortaleza en medio de las debilidades humanas, lleva a un liderazgo en el que se reconoce la bondad y posibilidad del hermano para trabajar juntos. Así termina el *Cántico del sol*:

¡Load y bendecid a mi Señor
y dadle gracias
y servidle con grande humildad!

7.8 Resultados

Tal como lo expresa la introducción a la traducción castellana, realmente *I Fioretti* es una obra que presenta lo profundamente humano y, por tanto, todo aquello que cubre a cualquier clase social en esta tierra.

La verdad de San Francisco es la verdad de todas las clases sociales; y por esto ultrapasa la gesta del Dante. San Francisco es tan poderoso y profundamente humano, que su vida constituye un supremo milagro de humanidad; es la simplicidad humana que triunfa, libre de trivialidades, austera, magnánima y fecunda, como cabe concebirla en el Paraíso terrenal. Tanto si se estudia la figura de San Francisco a través de los autores más ortodoxos, como de los más heterodoxos, siempre aparecerá sugestiva, sonriente, irradiando belleza y verdad (Sureda Blanes, 1932).

Lo que allí se plasma corresponde al camino de la simplicidad humana, que lleva a su vez a las relaciones desde la generosidad, solidaridad y gratitud. Nadie está libre de equivocarse o de fracasar en el recorrido, pero no por esto es imposible alcanzarlo. Así inicia esta obra, con la elección de doce compañeros, tal como lo hizo Jesús, y uno de ellos que elige no continuar y quitarse la vida. Si no es por la gracia y la fuerza del Espíritu, no es segura la perseverancia, sin embargo, en su compañía hecha presencia entre los hermanos, todo es posible.

La propuesta de Francisco inicia siendo seglar, es decir, como cualquier hombre de Asís. No es sacerdote, ni abad, ni con ningún título que le dé un lugar en el mundo de lo religioso. Su título es Hijo de Dios. Desde este lugar es posible interactuar con otros, hablar en igualdad de condiciones, con humildad y sin prejuicios.

El libro está lleno de encuentros y diálogos, con nombres propios, historias, virtudes, dificultades, angustias, miedos y errores. Los sinsabores y desiertos de la vida, también son camino de humanidad y de perfección cristiana. El diálogo con los otros permite crecer, aprender y corregirse mutuamente. Es su ejemplo de vida, la paciencia ante injurias y escarnios, lo que despierta en otros la admiración. Dice en el capítulo II que Meser Bernardo, hombre rico y sabio de la ciudad, se interroga porque “no es posible de ningún modo que este fraile no tenga mucha gracia de Dios”. Es la propia vida y testimonio la que lanza al encuentro y a la cercanía, no tanto las predicaciones eruditas y elaboradas.

Es claro en *Las florecillas*, que toda persona necesita de otros para poderse apoyar, para recrearse, para compartir proyectos, para orar, para cenar. No han nada más grato y enriquecedor para la vida y el alma que sentarse a hablar con los amigos, y en el diálogo encontrar sintonías o no ante las formas de mirar la vida. Mas, todo diálogo, requiere de la disponibilidad del otro, y algunas veces, cuando no hay una respuesta inmediata, llega la impaciencia, la incomodidad y hasta las elaboraciones mentales que empiezan a construir muros y barreras desde lo posible de una situación. San Francisco reconoce que, en cierta ocasión, hace un juicio incorrecto hacia su hermano, y es en oración donde escucha a Dios y cae en la cuenta de su precipitada reacción. Un diálogo sincero ayuda a crecer y a descubrir lo que a los otros les dificulta de la relación, es la vía para derribar barreras simbólicas que se construyen. Ante esto, Fray Bernardo le dice a su hermano Francisco: “te mando por santa obediencia que siempre que estemos juntos me reprendas y corrijas ásperamente de mis defectos” (Cap III). El diálogo que corrige y orienta el camino es fundamental para no caer en la soberbia, en la prepotencia, el egoísmo en el cual vuelven a aparecer los estratos sociales sea por inteligencia, por cargo, por dinero, o por poder y que solo llevan a perderse y a matar la amistad y la riqueza del encuentro.

Todo requiere un diálogo y una consulta en comunidad. El Espíritu Santo siembra el deseo en Bernardo de acompañar a Francisco, pero es necesario consultarle a Jesucristo cuál es la voluntad de Dios. La misma relación trinitaria muestra un ejercicio de encuentro, diferencias y unidad. De igual forma, en ese proceso de discernimiento se siguen unos pasos: consultar a Jesucristo, al sacerdote, participar de la misa, entrar en oración tercia (oración comunitaria con la Iglesia Universal)... así, no es un antojo, o un deseo momentáneo sino algo realmente fuerte que implica a todos y al Todo. Así deberían ser las decisiones en las empresas, las familias y todo proyecto de comunidad, las decisiones no pueden tomarse desde el autoritarismo, sino con la autoridad que se evidencia en la posibilidad de potenciar en cada uno lo que ayuda a crecer como grupo. Es la consulta, los diálogos y las discusiones las que permiten que los marcos mentales, puedan abrirse al Espíritu, y sin perder la identidad, encontrar posibilidades creativas que potencian el cambio desde adentro.

Por otra parte, no hay nada más grato que dar, esto llena de alegría. Bernardo, “vendió cuanto tenía y “con alegría distribuyó sus cosas entre las viudas, los huérfanos, los presidios, los ministerios, los hospitales y los peregrinos”. Dar genera una alegría desbordante, es un regalo divino. También Silvestre lo deja todo para hacerse hermano menor, y cambia su vida de rico, su conversión lo lleva a no reservar nada para sí. Así sucede con todo aquel que encuentra el camino de la caridad, de lo que se hace con amor donado. No se guarda nada para sí, y recibe todo o más de lo entregado.

Es clave identificar en San Francisco de Asís una persona capaz de entrar en interacción con otros grupos sociales y culturales: mercaderes, obispos, juglares, leprosos, líderes de otras religiones, hasta las criaturas animales para poder llegar a una convivencia enriquecida en donde todos salen enriquecidos. Es evidente que Francisco respeta procesos de cada uno de sus frailes, los comprende y camina con ellos, tal como lo hizo la persona de Jesucristo. El evangelio de Lucas narra lo ocurrido con los discípulos de Emaús, ellos hablan con el resucitado —aunque no lo reconocen inicialmente—, caminan, conversan, hablan de la vida, las tristezas, las ilusiones que habían tenido, comentan la escritura y el corazón se va abriendo, y Él se va revelando, comen juntos, parten el pan... ¿no ardía nuestro corazón? (Lc 24,32). Las organizaciones y empresas se preocupan por hacer talleres, capacitaciones, y otra serie de ejercicios que hacen parte de las dependencias de gestión de lo humano o gestión humana, cuando son estos pequeños espacios de compartir la vida que permiten el encuentro sincero, en el que el otro revela el rostro humano y divino.

7.9 Conclusiones

A manera de conclusión, se puede decir que los pilares franciscanos siguen siendo proféticos para las dinámicas sociales, económicas y políticas de hoy. Si se desea una economía y una forma de relación del mercado diferentes, es necesario cambiar desde adentro, una *metanoia*. Hasta que no cambiemos la forma de entender las relaciones, será muy difícil que se puedan hacer cambios reales y no cosméticos en el ejercicio de las organizaciones.

El camino del diálogo y la participación real en la construcción y toma de decisiones es fundamental. San Francisco no reconstruyó la Iglesia solo, lo hizo porque otros soñaron con él y fueron realizando esa utopía, esa locura de amor que acogía sin etiquetar, que hacía sentir el valor de ser persona, el valor del trabajo, del cansancio y la fatiga por una meta trazada para el bienestar de todos. Todos son interlocutores válidos desde la conciencia de la fraternidad.

Por último, cabe decir que las mismas obras de *Las florecillas de San Francisco* y el *Cántico del sol* son ejemplo de interculturalidad: traducciones, versiones escritas, cantos, películas. Diferentes lenguas, tiempos, sociedades han conocido, leído y construido historias y manifestaciones artísticas y literarias como algo que hace parte de un colectivo universal. Si es posible con un texto, ¿no será posible pensar una ética universal? Don, gratitud, corresponsabilidad, fraternidad, esperanza.

¡Load y bendecid a mi Señor
y dadle gracias
y servidle con grande humildad! (*Cántico del sol*).

Referencias

- Banco Mundial. (2009). *Pobreza: panorama general*. Recuperado de <https://www.bancomundial.org/es/topic/poverty/overview>
- Benedicto XVI, papa. (2006). *El don de la comunión*. Recuperado de <https://es.zenit.org/articles/benedicto-xvi-el-don-de-la-comunion/>
- Blanes, F. S. (1980). *Las florecillas de San Francisco. El Cántico del sol* (versión castellana. Sexta edición). Madrid: Ediciones populares, monte Carmelo.
- Bruni, L. (2018). *Virtudes y vicios del mercado. Palabras para una economía humana*. Madrid: Ciudad Nueva.
- Dufour, X. L. (2001). *Diccionario bíblico teológico*. Recuperado de <http://hig.com.ar/vocabib/art/paz.html>: <http://hig.com.ar/vocabib/art/paz.html>
- Hubaut, M. (1975). Francisco de Asís, testigo de la gratuidad de Dios. *Selecciones de Franciscanismo*, XV(43), 21-30. Recuperado de <http://www.franciscanos.org/selfran43/hubaut.html>

- Hubaut, M. (1981). El misterio de la Trinidad viviente en la vida y oración de San Francisco. *Selecciones de Franciscanismo*, X(29). Recuperado de <http://franciscanos.org/oracionfcana/hubaut02.htm>
- Jaillier, C. (2012). *El Apocalipsis de Juan: una mirada desde la propaganda*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Lamadrid, A. (1974). Paz y bien. Resonancias bíblicas del saludo franciscano. *Selecciones de Franciscanismo*, III(9), 249-262.
- Leclerc, E. (1982). *Francisco de Asís, encuentro del Evangelio y de la historia*. Recuperado de <http://www.franciscanos.org/selffran32/leclerc1.html>
- Londoño Orozco, E. (2009). De la ética mundial a la fraternidad universal. *El Ágora*, 9(2), 571-591.
- Lubich, C. (2007). *Economía de comunión. Historia y profecía*. Buenos Aires: Ciudad Nueva.
- Merino, J. A. (1999). El franciscanismo y su futuro. *Carthaginensia: Revista de Estudios e Investigación*, 15(28). Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=227167>: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=227167>
- Morin, E. (2009). *Para una política de la civilización*. Barcelona: Paidós.
- Pelligra, V. y Ferrucci, A. (2006). *Economía de comunión*. Buenos Aires: Ciudad Nueva.
- Rodríguez, S. y Alvarado, M. (2016). Interculturalidad: herencia identitaria para los procesos de internacionalización de la educación superior de cuño franciscano. *Revista OBIES*, 1(1), 17-28.
- Rubiano, L. E. (2011). Economía y comunión de bienes. Historia de algunas ideas a la luz de las órdenes franciscanas. *Revista Tendencias*, 12(2), 155-180.
- Schmucky, O. (1976). San Francisco de Asís, mensajero de paz en su tiempo. Recuperado de <http://www.franciscanos.org/historia/Schmucki-SFco-MensajeroDePaz.htm>
- Steiner, M. (1979). Todos nosotros, hermanos menores. *Selecciones de Franciscanismo*, VIII(24), 373-384. Recuperado de <http://franciscanos.org/estudios/steiner2.htm>
- Vega Cernuda, M. Á. (2011). Reflexiones críticas sobre la traducción al español de las fuentes franciscanas con especial referencia a *Las florecillas*. Recuperado de https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/21742/1/Vega_Cernuda_Reflexiones_criticas.pdf